

Entrevista con Robert y Rosine Lefort

*Realizada por
María Cristina Tenorio*

Introduction

"The Leforts", as they are known in lacanian psychoanalytic circles, are one of those couples that like the Mannonis or the Lemoines, the Ortigues and others have contributed to the theory and clinical practice of psychoanalysis, enriching their personal developments thorough mutual criticism.

Robert Lefort worked with Maud Mannoni at Bonneuil and published with her, psychoanalytic reflexions on clinical practice in institutions. Rosine Lefort first worked with Jenny Aubry in an orphanage and that was where -while she was undergoing analysis with Jacques Lacan- she carried out the analysis of three small children: Nadia, Marie Françoise and Robert whose treatment gave birth to two books *Naissance de l'Autre* (du Seuil, Paris, 1980; in Spanish *Nacimiento del Otro*, Paidós, Barcelona, 1983) and *L'Enfant au loup et le Président* (du Seuil, Paris, 1988). Both books were the outcome of several years of seminars, in la Section Clinique of the Department of Psychoanalysis, in the University of Paris VIII. These seminars also eventually brought about the foundation of CEREDA (Centre de Recherche sur l'Enfant dans le Discours Analytique), institution which has been functioning since 1983 in Paris and which permanently holds seminars, congresses and encounters and has also promoted publications on psychoanalysis with children.

This interview was carried out by María Cristina Tenorio - a psychologist with psychoanalytic training then studying at the University of Paris VII and VIII, now director of postgraduate studies in Child Psychology at the Universidad del Valle - and was authorized specially for Cuadernos de Psicología. This gives it's particular tone to the interview: reflexions by psychoanalysts for psychologists not necessarily well informed with regard to psychoanalysis.

Presentación

"Los Lefort", como se los conoce en los círculos psicoanalíticos lacanianos, son una de esas parejas que como los Mannoni, los Ortigues y otros han contribuido a la teoría y práctica clínica del psicoanálisis, enriqueciendo sus desarrollos personales a través del criticismo mutuo.

Robert Lefort trabajó con Maud Mannoni en Bonneuil y publicó con ella reflexiones psicoanalíticas en la práctica clínica en instituciones, Rosine Lefort trabajó primero con Jenny Aubry en un orfanato y fue allí -mientras se analizaba con Jacques Lacan- donde ella condujo el análisis de tres niños pequeños: Nadia, Marie Françoise y Robert cuyos tratamientos dieron nacimiento a dos libros *Naissance de l'Autre* (du Seuil, París, 1980; en español *Nacimiento del Otro*, Paidós, Barcelona, 1983) y *L'Enfant au loup et le Président* (du seuil, París, 1988). Ambos libros fueron el resultado de varios años de seminarios en La Section Clinique del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII. Estos seminarios también condujeron a la fundación del CEREDA (Centre de Recherche sur l'Enfant dans le Discours Analytique), institución que funciona desde 1983 en París y que permanentemente convoca seminarios, congresos y encuentros y que también ha promovido publicaciones sobre psicoanálisis con niños.

Esta entrevista fue conducida por María Cristina Tenorio -una psicóloga con formación en psicoanálisis, en ese momento estudiante en las universidades de París VII y París VIII, actualmente directora del programa de postgrado en Psicología del Niño en la Universidad del Valle- y fue especialmente concedida para Cuadernos de Psicología. Esto da a la entrevista su tono particular: reflexiones hechas por psicoanalistas para psicólogos no necesariamente bien informados con respecto al psicoanálisis.

ENTREVISTA CON ROBERT Y ROSINE LEFORT

Entrevistadora: Empecemos con una pregunta completamente ingenua: ¿qué es emprender un psicoanálisis y, particularmente, qué es el psicoanálisis de un niño?

Robert Lefort: Hacer la demanda de un análisis es ir hacia alguien de inscripción freudiana y decirle su dolor, tratar de hacer salir sus síntomas neuróticos, psicóticos y más raramente perversos - ya que el perverso raramente se dirige al psicoanalista. Hacer un análisis quiere decir emprender un tratamiento largo y costoso, que comprende muchas sesiones, que implica la participación del sujeto, el sujeto del inconsciente - veremos luego cómo se puede definir al sujeto. Es un tratamiento, pues, que implica también mucho sufrimiento, contratiempos, dificultades para llegar al término del análisis.

El motivo es evidentemente salir del sufrimiento. Pero, ¿cuál es su objetivo? El objetivo no puede ser la curación porque la curación puede ser la adaptación a un tipo de sociedad. La curación viene, como lo dice Freud, por añadidura respecto al trabajo analítico propiamente dicho. El objetivo es encontrar su deseo, encontrar su fantasía fundamental. Después, la curación viene por añadidura.

Rosine Lefort: Es un procedimiento que puede parecer paradójico al principio. El paciente viene a buscar al analista diciendo: «Ya no puedo vivir así. He ensayado muchas cosas». Y enumera las gestiones que ha hecho en otras partes, los fracasos, los múltiples sufrimientos de los cuales hace el catálogo. Y dice: «Yo, ya no puedo así como voy».

El puede creer al principio que desde el momento en que empiece un análisis va a ser el despertar. Ahora bien, se hunde en un infierno, porque había construido todos sus síntomas sobre lo que estaba torcido al principio, ya que no había encontrado su deseo. Y entre más se acerca a él, y más se defiende, se vuelve más difícil. Y entonces la curación...? No se siente para nada aliviado. Se siente, al contrario, lleno de desconcierto porque sus sistemas de defensa caen, pero todavía no ha encontrado lo que lo podría hacer salir. Es decir, parece paradójico.

Robert L.: Es una experiencia muy dura.

Rosine L.: Tanto para los niños como para los adultos.

Robert L.: Si es auténtica, la experiencia es dura.

Rosine L.: Es una experiencia que trae la paz pero es muy dura. Y para los niños también. A veces llegan a la sesión - no pueden dejar de venir a la sesión porque son empujados hacia algo para salir de sus dificultades - y desde que llegan es el infierno que se desencadena. ¡La sesión es espantosa!

Robert L.: Puede ser espantosa.

Rosine L.: Sobre todo en la psicosis. Y, sin embargo, la siguiente vez esperará su sesión y volverá a comenzar. Es decir que tiene la esperanza que en alguna parte más allá de eso, encontrará su deseo.

E: ¿Por qué es tan duro? ¿Por qué el análisis se vuelve tan rápido un infierno?

Robert L.: Porque tiene que ver con el inconsciente y con lo que Freud descubrió: el automatismo de repetición. Es decir que el sujeto se encuentra cogido en un automatismo que está en relación con la pulsión de muerte. Y hay muchas defensas del yo, defensas imaginarias que pueden ponerse en juego. Entonces allí, el automatismo de repetición es lo que hace que el sujeto esté capturado por los significantes.

Eso Freud lo definió muy bien, incluso si no lo llamó el significante. Lacan fue el que introdujo el concepto de significante, iluminando mucho de lo que Freud había aportado.

Es uno de los grandes aportes de Lacan el de 1953 en Roma: «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis». Fue allí cuando planteó que el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje. Es decir que el sujeto se constituye en el significante. Y esto a partir de lo que Freud había aportado en **La Interpretación de los Sueños** y que él había llamado la condensación y el desplazamiento. ¡Freud era lingüista antes de la lingüística! El llamaba condensación y desplazamiento a lo que Roman Jakobson posteriormente va a poder discernir como lo que constituye el tejido mismo del lenguaje; es decir condensación igual metáfora y desplazamiento igual metonimia. Freud con **La Interpretación de los Sueños** definía del todo los campos de la lingüística.

Sin embargo no hay que confundir lingüística y psicoanálisis. Lacan se sirvió de los aportes de Jakobson para definir bien los campos de los significantes pero no se quedó allí. Se diferenció de la lingüística, y llamaba eso más bien su «lingüistería».

Rosine L.: Cuando Lacan dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje creo que hay que oírlo primero, estructuralmente, en la base, como siendo la fundación de la lengua. Es decir: un sujeto, un verbo y un complemento, o sea un objeto. Es completamente

esencial y no hay que perderlo de vista. Esa es la base del lenguaje hablado o escrito y es la base del inconsciente: sujeto-verbo-objeto. Es simple pero totalmente ejemplar.

Robert L.: Pero evidentemente el sujeto no inventa al idioma; su lengua materna le es proporcionada, le pre-existe. Hay un lugar que Lacan llamó el lugar del Otro, Lacan lo definió, en un primero tiempo, como el lugar de los significantes y es allí donde el sujeto va a constituirse.

Es eso lo que hace que en el análisis se recaiga allí, en el origen mismo. Ya que si el Otro es el lugar de los significantes, si el Otro es el detentor de todos los significantes, el deseo que se expresa a través de los significantes va a ser el deseo del Otro.

Ese es uno de los otros aspectos: no hay deseo del sujeto mismo, aislado, ya que eso pasa por la lengua. Es el deseo del Otro. Es uno de los principios que Freud estableció en los orígenes mismos del análisis, en el tratamiento de los histéricos: el deseo es el deseo del Otro.

Rosine L.: El sujeto es hablado antes de hablar.

E: Entonces si hacer un análisis es hundirse en un infierno ¿podría decirse que ese infierno es el infierno de la lengua, el infierno de la muerte en la lengua?

Robert L.: ¡Absolutamente! En la medida que el significante efectivamente dividió al sujeto, formándolo; ya que él es llevado a ser sujeto por el significante y por lo que abordaremos ahora, es decir el objeto causa del deseo, que Lacan llamó el objeto a. En la medida, pues, en que el sujeto es formado por el significante debe ser marcado por la muerte. Toda la simbolización primordial del sujeto debe mucho a la muerte - esta es una cita directa de Lacan.

En la concepción lacaniana, aprovecho para decirlo de una vez, hay los tres registros: lo real, lo imaginario y lo simbólico. Lo real es lo que existe, puesto que está fuera del lenguaje. Y sin embargo se le encuentra en algún lado. Se le puede circunscribir pero no se lo puede decir. Lo imaginario es lo que consiste; es lo que se ha tomado de lo real para entrar en el significante. Lo simbólico es el hueco al cual el símbolo arrastra la cosa; es decir que el símbolo es el asesinato de la cosa.

E: ¿Consideran uds. que existe una especificidad del análisis de niños con respecto al análisis de adultos? Les he oído decir que el análisis es el análisis a secas, que no hay análisis de niños. ¿Querrían explicar por qué y cómo?

Rosine L.: La especificidad se daría de pronto con los niños pequeños que no hablan todavía, que están en lo «preverbal». ¡Cuando lo preverbal es, como lo dijo Lacan, lo hiperverbal! Pero es seguro que tienen un discurso. Es un discurso sin las palabras, que no tienen todavía a su disposición, sea porque no tienen la edad, sea porque su patología no les ha permitido emitir significantes.

Robert L.: ¡Los comprenden, por lo demás!

Rosine L.: Sí, los comprenden todos pero no pueden emitir esos significantes, devolverlos al Otro. Para ellos eso es absolutamente imposible. Pero se expresan de otra manera. Entonces, puesto que expresan sus discursos en lo preverbal se es llevado a menudo, sobre todo con los pequeños, a utilizar, nosotros también, lo preverbal.

Es decir, que un gesto puede ser, en últimas, una interpretación, sin que haya necesidad de palabras. Eso el niño lo entiende muy bien.

Solamente, es obvio, ¡es por eso por lo que hay que ser analizado! Porque si se piensa aunque sea por un momento que se está delante de un «niño» - es decir con una idea que uno tiene en su cabeza de dependencia del niño con respecto a los padres, con respecto a los adultos en general - entonces se pensará siempre que el niño no tiene que sostener su propio discurso sino que está cogido por el discurso de los otros. ¡Pero no hay tal!, él tiene que sostener su propio discurso y nos corresponde a nosotros hallarlo.

Por lo tanto, si no se es analista uno se puede dejar ir al «maternaje» - es de lo que se ha hablado frecuentemente para Nadia y los otros niños acerca de los cuales he escrito - pero, por Dios, ¡eso nunca! Si uno se deja ir al «maternaje», a ser la madre para el niño eso no sería análisis en absoluto. Lacan lo dijo claramente: la primera dimensión del significante es la del cuerpo propio. No se puede tocar al cuerpo de cualquier manera. El significante se encarna, y si manipulamos un cuerpo sin pensar que él es significante, ¿qué estamos haciendo? Estamos en la realidad de los cuidados, del «maternaje», de la crianza. Fueron todos los pequeños con los que he trabajado quienes me lo enseñaron - porque al principio no tenía ninguna idea.

Fue un encuentro, que se produjo en el punto al que había llegado dentro de mi propio análisis. Un encuentro con la primera de todos, que fue Nadia. No sabía que sería un análisis...

Robert L.: Hay que subrayar que pudiste hacer el tratamiento de Nadia sólo porque tú misma habías pasado por dificultades en tu propio análisis con Lacan; que era por allí que eso pasaba. Lo que es una respuesta a la pregunta que acaba de hacernos, incluyendo en ella la de la apertura del analista al mundo del niño gracias a su propio análisis. Eso es lo que es importante, porque jamás Rosine Lefort hubiera podido hacer el tratamiento de Nadia si no hubiera conocido dentro de su propio análisis muchas cosas que le abrieron a oír.

Y esta apertura incluso es tan grande que el niño puede llegar - como Nadia o hace - a tomar la iniciativa en algunos casos. Por ejemplo cuando ella se presenta frente al espejo y hace el estadio del espejo - descompone todo el estadio del espejo. Es evidente que no es el analista el que puede hacerlo; eso sería pedagogía del espejo. Y Rosine le dirá que no estaba lista para hablar del espejo, que fue Nadia la que la llevó allí. Rosine la siguió.

Rosine L.: [admirativa exclama] ¡Ah, fue ella la que me enseñó todo! Y tenía trece meses!

E: Frecuentemente los psicólogos que han oído hablar mucho del psicoanálisis vienen a pedir un análisis para volverse algún día analistas de niños. Es decir que es una ambición profesional más que un sufrimiento lo que les lleva a un análisis...

Rosine L.: ¡Para mí eso partió del sufrimiento! Fue por mi sufrimiento personal por lo que hice un análisis. Para el que viene en busca de un análisis es asunto del analista devolverlo a su sufrimiento. Ese es su trabajo: y si no lo hace, es su culpa. Porque su trabajo es devolverlo allí **donde ello era**. Porque el psicólogo no estudió psicología por cualquier cosa. Aún si parece como si no fuera asunto sino de decirse: «después de todo, ¿por qué no eso?» No, la escogió porque en algún lugar había en él una interrogación. El analista tiene que devolverlo allí. Allí se pondrá a sufrir.

Robert L.: Y si la psicología le trajo respuestas universitarias, ya hechas, entonces no será nunca analista.

Rosine L.: (enfática): Nunca.

E: ¿Aún si sigue haciendo un análisis?

Rosine L.: Sí, nunca. El analista tiene que devolverlo allí donde a pesar de todo había obligatoriamente una pregunta. Solamente, que el sujeto no lo sabía, no sufría lo suficiente.

Robert L.: Es el gran problema del análisis didáctico - problema que fue destacado por Lacan - el cual está tan atascado en algunos medios, en la I.P.A. particularmente. No se puede ir a un análisis únicamente para volverse analista. ¡Eso es falso! Es falso en la medida en que si el objetivo fuera volverse analista entonces habría que volverse analista lo más rápidamente posible, dejando caer lo que nos impedía volvernos analistas. Pero no, es como la curación: volverse analistas viene por añadidura. Y ese es el momento que Lacan trató de definir en «la passe».

Rosine L.: Y cuándo se vuelve uno analista, uno no lo sabe. Fue eso lo que me ocurrió con Nadia. Yo estaba encargada de la observación de los pequeñitos, y la mirada de Nadia me interpeló. Yo no sabía para nada que algo se iniciaba que podría llamarse un análisis. Fue ella la que me trajo a todo esto.

E: Ud. dice que en el curso del tratamiento de Nadia, se sintió en la imposibilidad de seguir regularmente las sesiones de un análisis durante varios meses...

Rosine L.: Si, pero no fue por culpa del trabajo con Nadia. Había llegado a un tope infranqueable en mi análisis con Lacan. No podía. No era el problema de Nadia, era el mío. Y paralelamente al tratamiento de Nadia estaba el del niño del lobo, Roberto el de nuestro libro *L'Enfant au Loup et le Président* [El niño del lobo y el Presidente]. Pero no fue a causa del tratamiento con Nadia. Era el tope de mi análisis; y este se desanudó en todos estos tratamientos, de una cierta manera.

Robert L.: Para retomar la pregunta: ¿psicoanálisis de adultos o psicoanálisis de niños?, ud. ve cómo ya no se puede hacer la distinción analistas especialistas de adultos y analistas especialistas de niños. No es posible porque el sujeto es el sujeto de inconsciente. Y evidentemente el sujeto de inconsciente está fuera del tiempo. El análisis del adulto debe devolverlo obligatoriamente a esas regiones en las cuales el niño es él mismo. Y para analizar al niño, no es porque él esté allí por lo que se va a cambiar el proceso. Se está ya en el proceso de la constitución del sujeto, de los orígenes del sujeto en el

significante, de la relación con el Otro, del deseo, y de la relación con el objeto **a**. Adulto y niño son la misma cosa.

Rosine L.: Hablo en mi nombre - pero es así para todos - si Lacan no me hubiera devuelto en mi análisis al drama inicial, en el cual viven todos los niños muy pequeños, no hubiera podido oír nada. Yo tengo la convicción que a partir de los tres años la estructura de base está terminada. Lo que pasa en estos tres primeros años, es decir la relación con el Otro a través de los objetos, es definitivo. Si Lacan no me hubiera devuelto a ese drama primordial de la relación con el otro jamás hubiera yo podido encontrarlo en los niños.

Cuando ví a Nadia ella tenía trece meses pero parecía tener ocho. Era impresionante. Pero para mí era un sujeto, si ud. quiere, como yo, que vivía exactamente el mismo drama, que se planteaba el mismo problema con el cual yo me había confrontado, con el cual me topaba, el de la relación con el Otro a través de los objetos, los objetos **a**.

Esa fue la genialidad de Lacan: él llevaba muy lejos a sus pacientes, podía soportar llevarlos muy lejos. Pero hay analistas que no pueden llevarlos tan lejos. Por ejemplo Anna Freud. Anna Freud dice: antes de los siete años no hay nada que hacer, el análisis empieza a partir de los siete años; antes de los siete años no se debe tocar nada. Ese es el problema personal de ella, es su historia personal la que le lleva a postular eso.

Lacan era alguien que podía soportar el sufrimiento de sus pacientes. Porque el analista tiene que llevar ese sufrimiento sobre sus hombros. Si él no lo lleva sobre sus hombros se acabó, nada vendrá nunca, nada se atará de nuevo, y de otra manera que como estuvo atado antes. Tiene pues que oírlo hasta allá.

Entonces cuando me encontré ante esos pequeños estaba allí donde algo había sido desatado, donde algo había caído. No tenía sino que oír lo que me enseñaban esos niños. Porque fueron ellos quienes me lo enseñaron. No fue una teoría y no fue un libro.

Robert L.: Ella lo dijo en: **El Nacimiento del Otro**. Fue solamente la lectura del tratamiento lo que produjo el libro.

Rosine L.: Claro, no era solamente nuestro sufrimiento. Fue lo que Lacan hizo de él con la transferencia.

Robert L.: Creo que se puede abordar ahora el tema de Melanie Klein.

Porque si tú evocaste a Anna Freud se sabe toda la diferencia que hay entre Melanie Klein y Anna Freud. Melanie Klein en sus intuiciones había ido muy lejos...

Rosine L. [con admiración]: ¡Ah, y cuánto!

Robert L.: Justamente en ese sentido de remontar, no se puede remontar más lejos de lo que ella lo hizo en sus intuiciones geniales sobre el primer desarrollo del niño. Sabemos que Lacan siempre apreció y rindió homenaje a Melanie Klein. Con esta salvedad, que evidentemente habrá que establecer algunas diferencias importantes entre el abordaje lacaniano y el abordaje de Melanie Klein.

Primeramente, para Melanie Klein la noción del significante no existe. No hay en ella el ser de palabra. Segundo, ella no tiene a su disposición los tres registros que Lacan introdujo desde el principio de su enseñanza - Real, Simbólico e Imaginario. Por lo que, falta de los medios de lectura que nos dio Lacan, ella va a proyectar su propia concepción imaginarizada (y le pasó muy frecuentemente). En vez de dejar las cosas en lo simbólico para expresarlas y para comprenderlas, ella imaginarizó lo simbólico. Es decir, que toma lo simbólico y lo proyecta en lo imaginario; y a partir de allí - por otra parte esto es lo que hacen los kleinianos - es interpretación «a todo dar», interpretación sin parar. Porque interpretan lo simbólico, en vez de respetarlo como tal.

Rosine L.: Pero eso no es todo. Antes de que me lanzara en el intento de articular verdaderamente lo que pasó en esos tratamientos, algo me sorprendió cuando leía los historiales de Melanie Klein. Es que ella hablaba de algo que yo nunca había encontrado; entonces eso me planteaba preguntas. Fue Lacan quién las respondió. Porque Melanie Klein permanentemente señala que el niño se ocupa de los contenidos del cuerpo de la madre. Lo que yo encontré en la clínica con esos pequeñitos es que es cuestión de sus propios cuerpos, y para nada de los contenidos del cuerpo de la madre.

Entonces eso me planteaba preguntas: ¿por qué ella que hizo curaciones absolutamente geniales desde el punto de vista analítico - pues ella funcionó de una manera genial; es luego su manera de teorizar lo que no va - por qué habla todo el tiempo del interior del cuerpo de la madre ¡cuando esto no es en absoluto de lo que los niños hablan!

Robert L.: Eso es lo que yo trataba de decir ahora. Si ud. toma por

ejemplo los objetos pulsionales - el seno, los excrementos -, evidentemente de un lado ud. tiene un objeto que se encuentra sobre el cuerpo del Otro, y del otro lado ud. tiene un objeto que se encuentra... ¿dónde? ¿En dónde se encuentra? ¿Sobre el cuerpo del niño o sobre el cuerpo de la madre? ¡Es muy evidente que el niño se ocupa de su propio excremento y no del excremento de la madre!

Pero tan pronto como se llega al nivel fálico allí la madre está implicada, ya que el falo sería el objeto de su deseo.

Así, pues, - aunque para nosotros, después de Lacan, el falo puede ser un elemento simbólicamente investido como tal -, para Melanie Klein sólo puede ser imaginarizado; así, al llegar a ese punto ella emite la hipótesis de que el falo es un objeto que se encuentra en el cuerpo materno. ¡Y el falo paterno va a ser encontrado en el cuerpo materno! Ahora bien, ¡eso uno no lo encuentra! Salvo si confunde imaginario y simbólico.

Rosine L.: Yo quedé estupefacta cuando leí eso, muy poco después del tratamiento de esos niños. Me decía: ¡pero, yo nunca he visto eso!

E: Y qué piensan uds. respecto a la distinción que ella introduce entre el objeto bueno y el objeto malo?

Rosine L.: Allí lo que está en juego es el Otro.

Robert L.: Sí, por ese rodeo al menos ella introducía al Otro. Pero siempre es lo mismo. Ella habla por ejemplo del buen seno y del mal seno. El bueno seno es el que siempre está allí y el mal seno es el que se retira...

Rosine L.: [interrumpe]: Cuando no se trata de eso, ¡para nada!

Robert L.: ¡En efecto! Es la respuesta que le daba ahora: si ud. Confunde simbólico e imaginario tendrá efectivamente una categoría de objeto que vuelve, es decir que no siempre está allí. Pero, ¿qué es lo simbólico si no el paso al significante, con la presencia en la ausencia? Y un objeto simbólico no es un objeto malo. El problema no se resuelve escindiendo al objeto en malo y bueno. Es sólo si uno se queda estrictamente en lo imaginario y si mete todo en lo imaginario (aún lo simbólico) como obtiene un objeto que es bueno o que es malo según que esté allí o no.

Rosine L.: [afirma con energía]: ¡Cuando para el niño las cosas no

son así; de ninguna manera! Melanie Klein habla de lo que ocurre del lado de la madre pero no habla de lo que se da del lado del niño.

E: Eso nos permite hablar de esa famosa oposición entre la «buena madre» y la «mala madre», y de la culpabilización de las madres que vienen al análisis a causa de sus niños. ¿No se debe esto a que se piensa el problema del lado de la madre y no del lado del niño?

Robert L.: ¡Pero claro que sí!

Rosine L.: Ella es la madre, y punto.

Robert L.: Había alguien que decía que valía más tener una mala madre que no tener madre.

Rosine L.: ¡Exactamente! Ella es la madre. Lo que Lacan llamó de otra manera: «**Das Ding**», la Cosa, el objeto primordial, la madre primordial. Y cada niño se las ingenia como pueda.

Robert L.: También hay que acordarse de que la madre primordial está simbolizada. Ella es retomada en un segundo tiempo mediante otro significante en el Otro, que Lacan tuvo que introducir: el significante de la Ley, es decir el del Nombre-del-padre. Este hace que todo se oriente hacia el Edipo, y que desemboque sobre lo simbólico y que después se produzca el ocaso del Edipo, porque se habrá pasado a lo simbólico. ¡Pero eso está en Freud!

Rosine L.: Saben, he oído algo hoy. Era una entrevista con una madre y su hijo, un adolescente que trató de matarla y de matar a su padre. Hubo una confrontación ante el analista. El adolescente hizo un estallido - en la psicosis siempre hay estallidos. Y entonces se lanzó en una especie de diatriba mortífera contra la madre: «Tú me hiciste esto, tú me hiciste aquello, etc.» Y al final la madre le dijo: «Pues bien, y ¡fuiste tú el que hizo que yo sea así!»

Eso es la verdad. Siempre se cree que el niño es la víctima. Pero esa madre respondió bien. Fue eso lo que me asombró. Porque aún si uno lo sabe, impacta cuando está dicho así en una entrevista dramática, con toda la pasión.

E: Pero hay que decirlo: un cierto psicoanálisis contribuyó mucho a la culpabilización de las madres.

Robert L.: [enfático]: ¡Pero claro! Esa manera de poner a los padres

en el banquillo de los acusados es una verdadera catástrofe.

Rosine L.: [al unísono]: ¡Es espantoso!

Robert L.: ¿Cómo quiere ud. hacer algo cuando los padres se sienten tan culpables? No solamente ud. ya no puede contar con ellos - pues los pobres están completamente enloquecidos, rotos, aplastados...

Rosine L.: [interrumpe]: ¡No se puede acusar a su inconsciente!

Robert L.: Pero además, ¿qué va a pensar el niño de ello? Porque ud. sabe, eso es la neurosis, cuando no es la psicosis: el niño se precipita, ivuela al rescate de sus padres que son atacados! Y se pone aún más enfermo. Porque no es bueno volar al rescate de sus padres. Se los debe honrar, mas no se debe tener que darles sostén.

E: Allí se plantea otra pregunta: cuando un niño entra en análisis muy frecuentemente se aconseja a la madre hacer ella también un análisis.

Rosine L.: ¿Y si ella no demanda nada?

E: ¡Pero a algunos les parece evidente que el análisis de un niño debe estar acompañado por el de la madre!

Robert L.: Siempre es la misma cosa: ¡se confunde todo! Se tiende siempre a hacer de esto un conjunto absolutamente compacto y único, ¡y eso no es cierto! El niño, si tiene algo que decir lo va a decir. No necesita que sus padres estén en análisis: le basta un analista que sepa escuchar, un analista que no lo remita siempre a sus padres, a su madre, a su padre... Eso es familiarismo. El niño, tiene otra cosa que decir, a su nivel.

Rosine L.: La única cosa interesante con respecto a los padres que piden un análisis para su niño es circunscribir en la anamnesis lo que cada uno de los padres propuso al niño a nivel inconsciente con respecto a su propio inconsciente, lo que ellos pusieron sobre este niño. El niño después hizo con eso lo que hizo, su organización propia. Pero de todas maneras es interesante circunscribir en una entrevista o dos - depende - lo que cada padre propuso al niño como goce, como objeto **a** y como saber. Esa es la única cosa que nos interesa. Porque después, se toma al niño en análisis y el niño se moviliza; los padres ya no se encuentran en el mismo lugar; para ellos también se produce un desequilibrio, ya no son los mismos. Entonces en ese momento hacen una demanda, vienen a hablar; dicen «yo ya no me hallo». Pero

eso no es culpabilidad. Es un conjunto que se deshace y cada uno debe terminar por encontrar su lugar de sujeto.

Robert L.: Si los padres no demandan nada, si no demandan sino a nivel de su niño - quieren que uno haga algo de su niño - eso evidentemente plantea una pregunta: ¿qué es lo que quieren pues con respecto a su niño? Pero, ¿si ellos no demandan nada? Pues bien, uno se ocupa del niño. Y eso vendrá, demandarán después. En ese momento hay una demanda que se produce por su lado. Entonces, ¡no hay análisis sin demanda de análisis!

Rosine L.: Porque hay que esperar. No citaré la escuela que hace eso, pero yo he recibido padres que vienen a decirme: «me dijeron que hiciera un análisis para mi niño» ¿Qué quiere decir eso? Cuando se les ha dicho que es para su niño ¿dónde están, cuando están sobre un diván? ¡Es completamente loco!

E: ¡Pero se hace!

Rosine L.: Sí, se hace pero es loco. Nosotros, no lo hacemos.

Robert L.: Le aseguro que no lo hacemos. Cuando hay alguien que viene a pedirnos un análisis - al uno o al otro -, «yo vengo a pedir un análisis», le preguntamos «Por qué?» «Ah, porque mi niño es así, si hago esto es por él, porque yo...» le decimos: «Escuche, vuelva el año entrante».

E: Pero hay allí una gran diferencia, a nivel de la demanda, entre el adulto y el niño. Porque el adulto puede pedir por él mismo mientras que el niño viene por la solicitud del educador, de los padres...

Robert L.: Absolutamente. Pero hay que encontrar su demanda.

E: ¿Y cómo?

Rosine L.: Escuche, cuando el niño se encuentra delante de un analista sabe muy bien dónde se encuentra. El se agarra enseguida. El está de entrada en un análisis. En la primer entrevista ya está. Sabe muy bien que está delante de un Otro tachado para quien las cosas han caído, de alguna manera. Alguien que lo escucha pero que no demanda nada ni para su goce, ni para su saber, ni para nada.

E: Ud. acaba de hablar del Otro tachado, de los objetos caídos. ¿Podría explicar el sentido de estas palabras en la teoría lacaniana?

Robert L.: El concepto de barra, ¿por qué la barra sobre el sujeto, (S)? Porque para Lacan el sujeto es un sujeto dividido. Está dividido por el hecho de su entrada en el significante. Está constituido por el significante y es evidente, pues, que va a ser un sujeto sin sustancia. Al volverse sujeto del significante, pierde su sustancia, el cuerpo. El cuerpo en cuanto material, real, anatómico está perdido. No hay más que un cuerpo hecho de significantes.

Rosine L.: Es eso lo que ha perdido, su cuerpo. Y esa es la caída que permite ser analista. Eso es lo que permitió que yo abordara los niños con otra idea que la de un cuerpo para tomar sobre mis rodillas y para dar teteros y para abrazar.

Robert L.: Había que reencontrar toda la dialéctica significativa en esos tratamientos.

Rosine L.: Esos niños eran portadores de discursos, no cuerpos. El cuerpo había caído.

Robert L.: Por lo tanto, el sujeto del discurso es un sujeto tachado (S) porque ha entrado en el significante. Lo que quedó fuera del significante van a ser los objetos **a**. Le recuerdo que hay cuatro: el seno, el excremento, la mirada y la voz. Son esos objetos que tienen una existencia, por lo demás exterior al sujeto.

Rosine L.: La mirada sobre el Otro, el excremento para el Otro y el seno para el sujeto.

Robert L.: Ya que es el primero, el seno, y ya que el corte pasa entre el seno y la madre y no pasa entre el niño y el seno, entonces se toma el objeto del cuerpo del Otro, sobre el cuerpo del Otro. Esto hace que a partir del momento en que el seno pasa del lado del significante, que el objeto mismo en cuanto tal ha caído, ya no es cuestión de seno bueno o malo. Para hablar de buen o mal seno hay que imaginar que el objeto permanecería siempre sobre el cuerpo del Otro, a disposición o no del niño. Pero si el seno ya está en el sujeto y que el sujeto ha pasado bajo el significante, con caída evidentemente del seno, ya se está más allá de lo bueno y de lo malo.

El 5 de diciembre Nadia quiere tomar el objeto sobre la analista. Ella crisper sus manos sobre la blusa de la analista, y está angustiada. Está bloqueada, no sabe qué hacer. No puede tomar el seno realmente. Entonces, de un solo golpe - tiene genio esta niña, como todos los

niños - exclama «¡mamá!»" la primera vez, «mamá», dirigiéndose a la analista. ¿Y qué pasa? Quitaba sus manos, dejaba de crisparlas y, al contrario, las pone alrededor del cuello y es una escena de ternura; ¡ese está en el significante aquí! Porque usted tiene una primera figura: la metonimia; es decir la tentativa de coger el objeto del deseo, el objeto causa del deseo - no el objeto después del deseo sino el objeto antes del deseo, el objeto **a** minúscula, el seno. Esta es la metonimia. Y después ella dice «¡mamá!» y es una escena de ternura a su manera. Y esa es la metáfora. Porque es el amor.

Rosine L.: ¡Absolutamente!

Robert L.: Es decir que ella pasó al nivel del significante sin saberlo, como M. Jourdain hacía prosa sin saberlo. Pues bien, Nadia emplea el significante y la lingüística sin saberlo. Pasa de la metonimia a la metáfora con una sola palabra, «¡mamá!».

Rosine L.: Además, en dónde había aprendido «mamá», no lo sé. Ella había estado siempre en el hospital desde su nacimiento. (Y más tarde va a decir papá).

E: Se repite frecuentemente la fórmula que dice que el niño siempre está en el lenguaje. Cada uno interpreta esta fórmula como quiere. Usted dijo que el niño aún si no puede decir las palabras las comprende. Otros dicen que estar en el lenguaje es estar en la cultura; pero no es la misma cosa...

Rosine L.: Sí, no es la misma cosa.

E: Entonces, ¿qué quiere decir verdaderamente «estar en el lenguaje»?

Rosine L.: Escuche. Tomemos el ejemplo extremo de alguien como Nadia. Al minuto de su nacimiento es separada de su madre que es tuberculosa, que, por lo tanto, no puede tenerla cerca de ella. Nadia se queda en la guardería del hospital durante dos meses... nos hemos preguntado mucho sobre eso... Esa muchacha (la mamá) iba muy mal. No se puede decir que fuera psicótica, pero era muy enferma; estaba sobre el filo. ¿Pero qué pasó? ¿Qué se le transmitió a Nadia? Pues bien, yo creo que esas mujeres de la maternidad del hospital se habían enternecido con esa historia: esta joven mujer soltera que tenía una niña (el padre estaba allí, pero no eran casados) de la cual la había separado luego del nacimiento para internarla en un sanatorio para tuberculosos. Yo estoy persuadida de que esas mujeres hablaban

entre ellas y hasta a la niñita: «Ah, tu pobre mamá, no está aquí, ella hubiera querido cuidarte, pero tuvo que irse». No atacaron a la madre, hubo una cierta compasión. Tuvo que oír hablar de su madre así: «Pobre pequeña, tu mamá se fue, no pudo tenerte»». Cuando otros niños, por ejemplo *el niño del lobo*, oyen todo lo contrario: «¡Tu madre está loca!»

E: ¿Podría decirse pues que fue este lenguaje el que dió la posibilidad a Nadia de no ser psicótica?

Rosine L.: Sí, creo que la manera en que le fue presentado el significante al principio por esas mujeres - eran mujeres - fue una imagen posible sobre la cual ella podía apoyarse. No hubo imagen de horror; las personas que hablaban de su madre no hablaban mal de ella.

Mientras que para el niño del lobo, ¡Dios sabe lo que tuvo que oír! «su madre lo dejaba morir de hambre», «Qué pesar, una mujer que hace una cosa así a un niño». ¡El oyó eso!

Robert L.: Nos devuelve a lo que decíamos ahora con respecto al ataque a los padres.

Rosine L.: Se lo reconstituye con respecto a esos niños. Pero para Nadia ("mamá") surgió ciertamente de ese comienzo.

Robert L.: Al niño del lobo se le hizo daño hablando mal de su madre...

Rosine L. [al mismo tiempo]: ¡Como si no supiera que su madre había hecho todo eso!

Robert L. [continúa]: y se hizo bien a Nadia compadeciéndola porque su madre estaba enferma.

E: Pero, ¿no tocamos con eso la idea banal y muy difundida de que al niño le falta una buena madre?

Robert L.: El necesita una buena imagen de madre.

Rosine L.: La madre puede ser mala pero si está condenada por el discurso ambiente entonces el niño va a naufragar como en el caso del niño del lobo.

E: ¿Es decir que lo que el niño necesita es una buena imagen, aún si no corresponde a la realidad?

Robert L.: ¡Pero si siempre es el caso! Sabe, es el montaje óptico de Lacan con los dos espejos... Es decir que no hay cuerpo real. Pero ya hay una imagen real, formada por el espejo esférico. Ya es una imagen, la cual no es directamente perceptible. Va a ser repetida por el espejo del Otro y volverse la imagen especular.

Es allí donde se encuentra la barra sobre el Otro. Es decir que hay otro previo, pero también el Otro real. Si está allí el Otro, es en cuanto lugar del significante. Precisemos las cosas: el psicótico está en el significante, habla, habla mucho, a veces no hace sino eso. Está en el lenguaje, pero no hace mella en el Otro mediante ese lenguaje, mediante ese significante.

Si el Otro pide algo, si el Otro dice algo al niño - comer, o sentarse en la bacenilla - es que este ya está en el lenguaje y ya tiene una demanda, y ya tiene un deseo. Por lo tanto, que le falta algo, que hay una falta y es eso la barra sobre el Otro. Si el Otro no está tachado es el Otro del psicótico.

Rosine L.: Al otro extremo del lenguaje, no se puede mentir con respecto al inconsciente y el niño no se deja engañar. Yo pensaba una cosa en abstracto. Pero tome una madre, por ejemplo. Una madre que olvida alimentar a su niño y ud. la asusta de alguna manera y le dice: «Ud. tiene un despertador, cada vez que suene le dará su tetero». La madre, afectada de cierta manera por el temor va a obedecer a eso. ¿Ud. cree que eso va a cambiar algo?

No, ino cambia nada! Sería domesticación, eso es todo. La articulación significante no está allí. Adentro eso no cambiará nada. Eso no es el amor, el amor está en el significante. Y el niño no se equivoca, porque un niño nunca se equivoca.

Robert L.: Winnicott habla también de una madre «suficientemente buena». Entonces ¿comprende? «Suficientemente buena»... ¡el puro seno no se sabe dónde está!

Rosine L.: Sí, dice que las únicas que no quieren dar el seno, o que olvidan de dar el seno son las que... pero yo quiero hablarle de las que van hasta el otro extremo, de las que hacen estragos porque para ellas dar el seno es igual al goce. Y eso es dramático. He conocido

madres que dicen que dieron el seno largamente porque les daba placer. No era para el niño. Esas madres no tienen frecuentemente las palabras para decirlo, no saben la palabra que hay que emplear, la palabra «goce», «goce del cuerpo». Pero no era en absoluto cuestión del niño. El niño era el instrumento de su goce. Ellas necesitaban ese goce, encontraron ese medio y lo emplearon. Pero el niño ahí no es más que un instrumento. ¡Eso produce catástrofes!

Robert L.: Y alrededor de ellas se dice: «Oh, ¡qué buena madre! ¡Cómo quiere dar el seno, y quiere alimentar mucho tiempo! ¡No lo olvida nunca!» Ella espera siempre allí y el niño se deja hacer. Hay madres que le dice a ud. y muy bien por lo demás: «Oh, ¡él no reclama nunca! Me ocurrió algunas veces olvidarme de la hora y estaba muy asombrada, porque el niño estaba jugando con sus manos.» El evitaba reclamar. Porque reclamar era reclamar para ella y no para él.

E: ¿El «goce»...?

Rosine L.: Ellas dicen “eso me encanta”. Pero no es de placer de lo que se trata. El placer es un límite al goce. No olvide el principio de placer de Freud. El placer es algo que reduce la tensión a su nivel mínimo. Mientras que el goce está prohibido, salvo al nivel fálico. Pero allí cae bajo el golpe de la ley del padre. Pero, en cambio, en el caso de la madre, que estamos tomando como ejemplo, no hay Nombre del Padre. Ella se encuentra sola (ese es el goce del Otro, sin el Nombre del Padre justamente) con el niño para alimentarlo. El niño no es sino el instrumento de su goce (la madre de la que le hablo enrojecía contándomelo), y digo bien «instrumento» y ni siquiera «objeto».

E: Aún si el análisis con el niño es el análisis a secas, el mismo que para los adultos, ud. empleó de todas maneras ciertas expresiones: que el niño tiene genio, que el niño no puede ser engañado, etc., que dejan comprender que el niño ocupa de todas maneras una posición especial con respecto al análisis de los adultos...

Robert L.: No, no hay diferencia. Es simplemente cuestión de ir suficientemente lejos en el análisis del adulto. Algunos adultos pueden llegar a esta especie de estado nativo de la verdad, ese estado extraordinario en que van a descubrir su verdadera historia, el sentido de todo eso, de todo lo que los había encerrado en sus síntomas. Y allí van a encontrarse a ese nivel que descubrimos para los niños pequeños.

Rosine L.: Y cuando ud. le dice algo a un niño, a un pequeñito - porque se es llevado a decir cosas - y ud. ve repetir la vez siguiente la misma cosa, es que la idea que ud. se ha hecho y con la cual ud. ha hablado es falsa. Porque si no el niño no lo repetiría. Esa fue la famosa historia de Nadia con la tacita. Ella me dió la tacita. Creí que era para poner algo adentro. Puse algo adentro y ella lo derramó. Y la sesión continuó. No era agresivo, nada. El día siguiente volvió a comenzar lo mismo - exactamente igual: me tiende la taza, pongo algo adentro, ella lo bota y lo pisotea, pero no de una manera agresiva, pero algo andaba mal. Entonces me dije: ¿qué es lo que no va bien? A la tercera sesión ella me vuelve a dar la tacita, entonces no hago nada. Espero, puesto que lo que había hecho antes no era adecuado. Entonces, espero los acontecimientos. Y en efecto, lo que ella quería, ¿qué era? Era que no hubiera **nada**. En efecto, era una nada simbólica. Pero yo tenía una idea en mi cabeza: puesto que me la tendía se necesitaba algo adentro. Entonces tuve que esperar de ella lo que ella quería: precisamente nada, y ella bebió nada, ella fingió beber. Necesité tres veces para comprender.

Robert L.: Era la simbolización del objeto, del objeto **a**. El objeto oral es nada. Y si el objeto oral no se ha vuelto nada hay después muchas dificultades para la simbolización de todos los otros objetos. El primer objeto es primordial, el seno simbólico es nada, el hueco de lo simbólico.

E: Hablemos un poco del lugar mismo de la sesión, de su espacio y de su tiempo preciso. Porque hay personas que piensan que una escucha analítica se puede ejercer un poco en todas partes, que si se trabaja en una institución uno mira a los niños, uno se pone en relación con ellos, y uno escucha y ve...

Robert L.: ¡Ud. describió allí en dos palabras una posición perversa!

Rosine L.: Sí y no, ino vayas tan lejos!

Robert L.: ¿No crees que los educadores que están allí mirando, fisgoneando...?

Rosine L.: No hablo de los educadores, ¡hablo de los analistas!
¡Respecto a los educadores es aterrador!

Robert L.: Sí, ¡para los que se toman por analistas!

Rosine L.: Los educadores efectivamente son aterradores. Gozan de

la mirada sobre los niños. Bajo esa mirada los niños pueden pasar casi hasta la muerte entre ellos. Conocí un caso: un niño fue llevado al hospital con una fractura en el cráneo, ¡y los educadores estaban allí mirando! Ellos no sabían que su inconsciente gozaba de eso y que eran sus propias cuentas las que los niños estaban arreglando.

Pero el acercamiento al niño del analista en la institución es otra cosa. Por ejemplo, Nadia, un bebé catatónico, ¿qué quiere ud., ¿que la tome y la lleve a una pieza para las sesiones? ¡Pero no! No era posible. Trabajamos en su cuarto donde había ocho niños. Y cuando ella pudo venir sobre mis rodillas, cuando sentí que ella podía soportar otro encuadre, otro entorno, la llevé no a un consultorio sino al cuarto de al lado y dejé la puerta abierta para que tuviera siempre el ruido habitual que ella conocía. No la llevé de una, a esa niña catatónica a una pieza completamente desconocida, ¡tenía trece meses esa pequeña!

Hay maneras de poder llevar al niño a un lugar en un cierto momento. El analista tiene que encontrarlas. Por otra parte, hay sesiones que se dan por fuera de sesión. Cuando el niño del lobo emitió su aterrizado significativo del delirio, «el lobo», yo estaba fuera de sesión, estaba allí pero eso era fuera de sesión, era en otro lugar. Por lo tanto, es seguro que hay una movilidad del analista. Siempre se es analista, esté en su pieza, esté en el dormitorio, o en el refectorio o en el jardín. Lo importante es que él es siempre analista, y que en cuanto tal siempre está en el mismo lugar, aún si ha cambiado de sitio; está despojado de él mismo.

Robert L.: El día que Nadia hace caer de su ojo la imagen que la fascinó, el diez de diciembre, no hubo sesión, y esto sucedió fuera de la sesión. Y la primera vez que Rosine fue afuera, ella la golpeó.

Rosine L.: Sí, me dije que aún no era el momento.

Robert L.: Con algunos adultos hay que saber también introducir variaciones de tiempo y de lugar. Y Lacan sabía hacerlo muy bien...

Rosine L.: ... Y con las enfermeras era terrible. Ellas llegaban, atravesaban la pieza. Y si el pañal de Nadia se había caído la enfermera cogía a Nadia - ¡yo estaba en sesión con ella! - y le volvía a poner el pañal y después se iba...

Robert L.: ¿Qué importancia tiene que la sesión sea o no de cincuenta minutos, el analizante tenga algo que decir? Si no, todo el mundo se duerme y el analista también. Hay que despertar todo eso. Pero puede

sucedir también que haya sesiones de 45 o 50 minutos.

Y en muchos casos es el niño mismo el que pone fin a la sesión. Y el que mirara su reloj, molesto porque la sesión fue muy corta, cometería un grave error, porque en ese caso él invertiría el sistema de la demanda: ya no sería el niño el que estaría allí por su demanda sino él, el analista el que le dirigiría su demanda. Eso es catastrófico.

Rosine L.: Y es siempre con respecto a la curación como se debe decidir la frecuencia de las sesiones. Puede ser una vez por semana o puede ser todos los días de la semana. Con Nadia fue todos los días, cinco días por semana. Pero depende.

Ud. viene a sesión porque hay algo que quedó en suspenso y que no puede ser soportado. Y es igual para el niño. Cuando ud. ve, o cuando le dicen que el niño no va bien, y que eso es consecuencia de la sesión anterior - ud. lo siente - eso obedece a que algo de la estructura fue abordado y que está en movimiento, y el niño ya no sabe si tiene el apoyo del Otro. Entonces en esas circunstancias él viene. Pero todo depende de lo que se desarrolla al interior de la cura.

E: Uds. dicen que a los tres años la estructura - sea neurótica o psicótica - ya está establecida. ¿Qué se puede esperar del análisis de un niño? ¿Su destino no está ya escrito?

Rosine L.: La organización psíquica es un hecho de estructura y a los tres años está ya hecha. Es decir, que la relación con el Otro, y los objetos primordiales ya están en su sitio. Pero cuando se toman en tratamiento, después se los devuelve allí obligatoriamente. Porque en esos tres años esa relación con el Otro, y con todos los objetos primordiales ha estado mal anudada, sin simbolizar.

Pero en muchos otros casos, ciertos niños son llevados por desórdenes menores, con síntomas ya, pero no verdaderamente en una neurosis con toda la gama de los síntomas. Allí es más bien un trabajo de prevención, porque se sabe que si no hay trabajo durante la infancia el riesgo es grande de ver a la pubertad constituirse plenamente una neurosis. Entonces, eso es una ventaja del análisis de niños.

Al contrario, algunas veces, con un Schreber o bien otros psicóticos que terminan en el asilo, la enfermedad se desencadena más tarde. Tuvieron un encuentro un día que los devolvió a la estructura, a la organización primordial donde algo no había sido simbolizado - es siempre antes del estadio del espejo - que quedó a la espera. Es decir,

que pudieron continuar viviendo, desarrollándose, organizándose. Tienen lo real, lo simbólico y lo imaginario. Pudieron anudar las cosas. Pero siempre hay un enclave allí que ha permanecido. Hablo aquí de la gente que vive con una psicosis latente, que no se desarrolla; tienen bastantes logros - pero con una afección muy desarrollada. Y un buen día hacen un encuentro y en ese momento son enviados allí donde ello era. Es el hueco, francamente el hueco. Para el niño del lobo, fue el lobo. Para Schreber fue así también.

Es por eso que psicosis de adulto y psicosis de niño es la misma cosa. Y la relación entre **el niño del lobo** y Schreber... ¡Uno creería que es la misma historia!

E: Si el análisis es el análisis a secas, sin distinción entre análisis de niño y análisis de adulto ¿podría decirse que el analista también es por definición igualmente analista de niños y analista de adultos?

Rosine L.: Normalmente sí. Lacan no tenía práctica del análisis de niños pero él los veía y hablaba de ellos siempre; en toda su enseñanza siempre habló de eso. **En Las Formaciones del Inconsciente** [Seminario libro IV, 1957- 58, inédito] va muy lejos.

Robert L.: En general los que ven niños ven adultos. Ver un niño, lograr su análisis, ir muy lejos en su análisis, cómo ayuda para el análisis de los adultos. ¡Pero no a la inversa!

Rosine L.: Yo tenía una reticencia con respecto a los adultos. Era más apta para oír todo lo que es preverbal. Pero ocuparme de niños me ayudó mucho con los adultos, y me sirve todavía. Escucho mucho más.

E: El analizante viene al análisis para salir de su sufrimiento - al menos fueron sus sufrimientos los que lo llevaron al análisis. Allí encuentra en su sufrimiento su verdadera pregunta, y él se hunde en lo que ud. ha llamado infierno. Pero para el analista tampoco puede ser un paraíso. Para él, ¿es también un sufrimiento?

Robert.: No, es un **deseo**.

Rosine L.: Pero Lacan habla también del horror del acto analítico. El hablaba allí para el analista. ¿Sabe?, me ha sucedido muchas veces, al salir de una sesión, preguntarme: ¿pero yo hice eso? Y terminaba siempre por reconocer que no podía haber hecho de otra manera. Yo no había hablado en mi nombre. No podía hacerlo de otra manera. Eso lo sobrepasa a uno. Y cuando uno sale de la sesión es tomado por su

propia organización. Pero durante la sesión uno estaba "en Nombre de...". Uno no hablaba por uno mismo.

Robert L.: Porque uno hablaba de acuerdo con una ética. Es una ética que remonta lejos. Lacan se dió el trabajo de hacer un análisis extremadamente detallado de **El Banquete** de Platón en su seminario **La Transferencia**. Y allí él hace de Sócrates una especie de innovador de ética, que abre la vía justamente a todas las preguntas que se pueden plantear con respecto a la posición del analista.

E: Precisamente, ¿qué empujaría a alguien a querer volverse un analista si el acto analítico causa horror?

Robert L.: Como le decía, es una cuestión de ética. Es decir, que si no hubiera la pulsión de muerte no haríamos nunca eso. Pero no solamente el analista, sino todos los que **hacen** algo.

Y no vaya a creer que el analista revive con cada paciente todo lo que él es. ¡Porque si no hubiera la pantalla del significante, la pantalla de la estructura, el analista no podría ver más de un paciente por semana!

E: El analista fue devuelto en su propio análisis allí **donde ello era**.

Robert L.: Sí, es eso lo que liberó su ética de una realidad, la de los simulacros del goce. La ética del analista es cuestión del goce. El sabe que el goce está prohibido y trabaja con la pulsión de muerte.

E: ¿Hasta dónde se puede ir con un psicótico en análisis? ¿Qué se puede esperar?

Robert L.: La estabilización...

Rosine L.: ¡Oh no!

Robert L.: ...**al menos** la estabilización, y en el mejor de los casos una inserción social. Incluso Schreber, quien lo hizo por sí mismo, gracias a la escritura de sus memorias. Llegó a la metáfora delirante que estabilizó muchas cosas, aún si fue una estabilización muy frágil.

Rosine L.: Pero es asombroso porque ese niño de cuatro años y medio, *el niño del lobo*, llegó también a la escritura, a pesar de su medio, de una muy gran pobreza cultural. Fue empujado estructuralmente a la escritura. Es extraordinario.

Hay que comprender cómo Schreber escribiendo sus memorias hace de sí mismo una imagen completamente diferente a la del espejo. Porque si sólo podía verse al espejo como una mujer, mientras escribía sus memorias eso le proyectaba, eso le daba otra imagen, imagen sobre la cual se apoyó durante años. Eso le estabilizó por años, alrededor de ocho años.

Y es gracias a su escritura como *el niño del lobo*, saliendo de su delirio, pudo identificarse un poco como sujeto, teniendo su nombre. Y el nombre del otro lo empujó a la necesidad de la escritura, es decir a tener una imagen diferente a la del espejo.

Robert L.: La pregunta extremadamente delicada y difícil de resolver sigue siendo la de la **Verwerfung**, es decir de la forclusión del Nombre-del-Padre. Puede ser que en un análisis no se llegue hasta allí.

Por otra parte, Lacan quiso hablar de **los** Nombres-del-Padre (se entiende, claro está, que no se trata del papá).

E: ¿Qué piensa ud. de los problemas que se presentan para el psicólogo que trata de teorizar, de pensar el psicoanálisis, si no ha pasado por un psicoanálisis él mismo?

Rosine L.: ¡Es imposible!

Robert L.: ¡Está completamente excluido!

E: Cuando se tiene una formación de psicólogo es frecuente pensar lo psíquico en términos de evolución, como algo que se hace por etapas. Y se es empujado siempre a hacer diagnósticos para tratar de identificar el momento de la evolución...

Robert L.: Escucha, tú hablas de un diagnóstico... ¿Qué hubiera dicho un psicólogo que hubiera visto a Nadia como se presentaba al principio, y que hubiera sabido los síntomas que presentaba? ¿Qué diagnóstico y pronóstico hubiera dado?: "¡Esta niña va a quedarse en el asilo por el resto de sus días!".

Donde el analista no hay diagnóstico. No hay diagnóstico por hacer. Fue el análisis el que al tener éxito demostró que Nadia era normal. Claro, sin análisis ella no hubiera salido.

E: Hay escuelas psicológicas que se dicen de orientación psicoanalítica -aún aquí en París - en donde se hace un trabajo de formación empleando tests proyectivos, etc, pero siempre orientado hacia el diagnóstico.

Robert L: La psicología no tiene ética mientras que el psicoanálisis sí. Es decir, la ética de la psicología es la ética de una ciencia, porque la psicología quiere ser una ciencia. ¿Y sabe? no hay sujeto de la ciencia. Entonces, ¿ocuparse de un objeto que es el sujeto, del cual se comienza por decir que no existe...? ¿Dónde está pues el objeto de la psicología? El psicoanálisis apunta a la desubjetivación, pero se parte del sujeto mismo. ¿Pero en la psicología, el sujeto dónde está? Si se comienza por plantear que el sujeto no existe: ¿La psicología es la ciencia de qué?